

# EL DOCTOR CABROL

Y EL

## COMISIONISTA DUCROCQ.

**Aborto provocado. (1880-1881.)**

---

La reciente fecha del suceso que vamos á dar á conocer á nuestros lectores, nos impone la obligacion de ser muy parcos en consideraciones, por lo que nos limitaremos, por punto general, á la mera exposicion de los hechos que son del dominio público.

El asunto del drama judicial que va á desarrollarse ante nuestros ojos es bastante interesante. Un hombre joven, de buena presencia, comisionista del comercio, de una regular posicion y gozando de reputacion intachable hasta los últimos meses del pasado año de 1880, y un doctor de no menos honrosos antecedentes, antiguo médico en jefe de los hospitales militares, retirado ya hacia tres años á la vida civil, se ven súbitamente envueltos en una causa criminal. Se acusa al comisionista Ducrocq de haber seducido y obligado á abortar á una joven modista, hija ilegítima de una cantante de café, é incúlpase al doctor Cabrol el haber practicado la operacion, á la que se debió el aborto, y acaso la inmediata y prematura muerte de la bella cuanto infortunada Gabriela Bartou.

Digamos algunas palabras sobre la víctima. Su parte fisica está descrita en cuatro rasgos: era alta, esbelta, elegante; negros y abundantes sus cabellos; grandes, rasgados y negros tambien sus ojos. Su par-

te moral es mas compleja; pero ¿acaso no lo es la de casi todas las mujeres?

A juzgar por el contenido del libro de memorias de colegiala, de Gabriela Bartou, era esta una soñadora, un carácter melancólico, un corazón amante. El libro de memorias en cuestion, es un librito amarillo con cantoneras de cobre dorado, regalo de una compañera, puesto que en la primera página se lee:

«A Gabriela, mi amiguita de colegio,  
»M. SCHNEIDER.»

En dicho libro, la infortunada joven, fué sentando dia por dia, en confusion, sus gastos, sus reflexiones de colegiala y sus pensamientos de joven.

Un dia Gabriela ha sido castigada, y escribe:

«... Me acordaré largo tiempo del 9 de Enero de 1868. Ninguna supimos la leccion de inglés, y la señora nos ha castigado á todas...»

Para consolarse, separa su pensamiento de los libros de clase, y da rienda suelta á su imaginacion:

«La que obtenga mi cariño, lo tendrá para siempre...»

»Mi poeta predilecto es Corneille.  
»Mi prosista, Bernardino de Saint-Pierre.  
»Mi pintor, Leonardo de Vinci.  
»Mi héroe, Turena.

»Mi flor, la vincaperrinca (1).

»Mi sueño, hacer dichosos á los que amo, y morir en los brazos de aquella á quien he entregado mi primer amor.»

La vaguedad de aspiraciones de su alma aparece también en el siguiente pasaje:

«... El espacio nos separe; el pensamiento nos une.

»... Para vos mi pensamiento; para mí vuestro recuerdo.

»El pensamiento es el recuerdo; ¡el recuerdo es la vida!...»

¿En quién pensaba al escribir esas líneas? Es un misterio. Acaso en alguna amiga de colegio.

A veces la alegría reaparece y mueven su pluma las mas infantiles ansiedades; entonces escribe, por ejemplo:

«Pronto se verificará el sorteo de la Lotería nacional.

»¡Qué dicha!

»Estoy ansiosa de saber cuanto ganaré. Tengo el número 978.599, quinta série.

»¿Cuánto ganaré? ¡Dios mío!

Las últimas páginas del libro de memorias están ocupadas por cartas que, segun una plausible costumbre, cambian entre sí, las jóvenes, al finalizar el último año de colegio, escribiéndolas recíprocamente en sus respectivos libritos.

En el de Gabriela habrá una docena de cartas, casi todas conmovedoras y llenas de sentimiento, y en la última hoja de aquel escribió la joven esta breve inscripcion, señal elocuente del abismo que iba á separar á la colegiala del día anterior, de la modistilla del día siguiente:

«Conservaré toda mi vida el recuerdo del lunes de Pentecostés, 2 de Junio de 1879, á las cinco de la tarde.»

Sin duda alguna, aquel día y en aquella hora abandonó el colegio.

¿Qué causas hicieron de la soñadora colegiala, la víctima de una seducción, y la víctima ó la culpable de uno de los mayores crímenes que contra la naturaleza pueden cometerse, de un aborto violento, de

(1) Yerba doncella.

una negacion de la maternidad, título el mas respetable, el mas conmovedor que, sean cuales fueren sus condiciones, puede ostentar una mujer? ¿Cómo una existencia, tan poéticamente comenzada en el colegio acabó tan triste y prosáicamente en un hospital? ¿Acusaremos, acaso, la falta de una base sólida en la educacion y en la instruccion de hombres y mujeres, que hace en ellos un mérito de la seducción, y priva á estas de resistencia para dejarse seducir? ¿Daremos la culpa á las facilidades que para la corrupcion presenta la vida de taller, sobre todo en las grandes poblaciones? No es este lugar adecuado ni la presente ocasion propicia para tratar de resolver el problema. Con temor de extralimitarnos, lo hemos planteado: resuélvalo el lector con arreglo á sus conocimientos y á su criterio.

En Junio de 1879 salió del colegio Gabriela Bartou. En Setiembre de 1880 fallecia en el hospital Dubois, acusando á su amante y al doctor Cabrol de haber causado su muerte, haciéndola abortar.

En virtud de las gestiones del director del establecimiento, y de querrela de la madre de la difunta, entablóse el oportuno procedimiento, y durante los cuatro meses que duró la instruccion, médico y comisionista fueron encarcelados.

Llega al fin el jueves 10 de febrero, y con él el momento de verse el asunto ante el Tribunal de Asises del Sena.

La opinion no ha dejado de preocuparse del hecho, siendo, en general, poco favorable á los acusados, por cuya razon el sitio destinado para el público se vé bastante concurrido. A su tiempo iremos indicando, concisamente y por medio de paréntesis, para no cortar con frecuencia el hilo de la narracion, las diversas impresiones que van sucesivamente agitando al auditorio.

Preside el tribunal el señor Bachelier; los señores Demange y Lachaud defienden respectivamente al doctor Cabrol y al señor Ducrocq, y el abogado general Bouchez ocupa el sitio del ministerio público. El señor Terenas representa á la madre de la señorita Bartou, que ha querido mostrarse parte civil.

Introdúcese á los acusados. El señor Ducrocq es hombre de unos treinta años, de fisonomía simpática, bigote rubio y arrogante figura. El doctor Cabrol,

por el contrario, tiene ya sesenta y siete primaveras, es grueso, de buen color y bigotes caidos; tiene aspecto inteligente; habla en voz tan baja que dificulta la audicion de gran parte de su interrogatorio, y la indecision y vaguedad de sus respuestas, es mas bien que efecto de una conciencia poco limpia, producto del temor de que los profanos de la magistratura y del foro cometan alguna heregia médica.

Despues de leida el acta de acusacion por el escribano Blondeau, se interroga al doctor Cabrol

El señor Presidente.—Doctor, tenéis sesenta y siete años. Sois antiguo médico en jefe del ejército y comendador de la Legion de honor; retirado desde 1875 habeis tratado de haceros con una clientela en París. Los datos recogidos respecto de vos son favorables. Ultimamente os establecisteis en la calle de Bellay y os dedicasteis especialmente á las enfermedades de las mujeres. ¿Es cierto?

El doctor Cabrol trata de responder y no puede conseguirlo. La emocion le paraliza, falta le las fuerzas y se tambalea.

El señor Presidente le invita á sentarse y, mientras el acusado se repone, dirijese al seductor de la señorita Bartou en estos términos:—Señor Ducrocq, tenéis treinta años, sois comisionista y vuestra posicion es desahogada. ¿En qué época conocisteis á la señorita Gabriela Bartou?

R.—En el mes de Junio último.

P.—Es cierto. Ella era hija ilegítima de una cantante de un café-concierto, la que queriendo apartarla de los peligros de la vida del teatro, la habia colocado en un taller de modista del arrabal de Montmartre, en casa la señora Ravot. Gabriela tenia diez y ocho años; era honita. Vos la visteis frecuentemente cuando iba á hacer encargos por París, y poco á poco fuisteis intimando con ella.

R.—Hasta fines de Junio no llegó esa intimidad.

P.—Algunas semanas despues se encontraba Gabriela en cinta; la joven, que tenia mucho miedo á su madre, quedó aterrada. Habeis dicho que Gabriela pensó en seguida en un aborto.

R.—Es cierto.

P.—Una de sus compañeras, su confidente, la señorita Angela Masse, os pidió de su parte doscientos

TOMO II.

francos, suma que la exigía una partera á quien habia visto, para hacerla abortar.

R.—Me negué á dar dicha cantidad...

P.—La señorita Masse dice que os negasteis porque preferiais recurrir á un médico, pues los médicos son mas discretos que las parteras. ¿No fué entonces cuando condugisteis á Gabriela á casa del doctor Cabrol?

R.—Llevé á Gabriela á casa del doctor Cabrol para que le consultase sobre su enfermedad, y, sobre todo, para que la tranquilizase...

El señor Presidente, insistiendo.—¿Pero no para que la hiciese abortar?

R.—¡Oh! No...

P.—Sin embargo, habiais visto de antemano al doctor Cabrol.

R.—Sí, señor Presidente. Le previne que Gabriela hacia todos los esfuerzos posibles para conseguir un aborto, y le supliqué que procurara infundirle valor. (Rompiendo en llanto.) ¡Juro por las cenizas de mi pobre madre que no le encargué otra cosa!

Estas palabras producen vivísima impresion en todos los circunstantes, haciendo necesario suspender el interrogatorio por algunos momentos, pasados los cuales, dice

El señor Presidente.—¿Sabeis que, en realidad, la señorita Gabriela no habia visto á ninguna partera?

R.—Estoy seguro de que vió á una.

P.—Gabriela dijo, en su lecho de muerte, que vos la llevasteis el 14 de agosto á casa del doctor Cabrol; que vos permanecisteis en un coche, á la puerta, mientras ella subia sola, con una tarjeta vuestra, á ver al doctor Cabrol, y que éste le hizo una operacion, sin cambiar con ella una palabra.

R.—Eso es falso.

P.—Ella describió la operacion detalladamente.

R.—No sé nada de eso. Aquel día yo no vi á Gabriela hasta hora muy avanzada de la noche en el café del Reloj.

P.—¿Y qué os dijo?

R.—Que ya no tenia miedo, que su salud estaba restablecida.

P.—Sin embargo, al día siguiente abortó.

R.—Sí, señor.

P.—La acusación sostiene que dicho aborto fué á consecuencia de la visita al doctor Cabrol.

Siguen aquí varios detalles técnicos respecto á la operacion que se supone haber sufrido Gabriela Bartou. Despues prosigue

*El señor Presidente.*—La salud de Gabriela mejoró hasta el punto de que reanudasteis vuestras relaciones con ella; pero en 24 de Agosto volvió á caer gravemente enferma de una afección al hígado, acaso por consecuencia de su aborto. Su madre entonces la llevó á casa de un amigo, el señor de Champgobert, agente dramático, y al cabo de algunos dias, Gabriela pidió á éste que diera un paso respecto á vos.

R.—Sí, me escribió....

P.—Y despues fué á visitaros. Os habló de la deplorable situacion de Gabriela y le respondisteis que se hacia intermediario de una encerrona; entonces él se retiró inmediatamente, y al siguiente dia se os presentó á su vez la señora Bartou, madre, quien afirma que la recibisteis de un modo irónico.

R.—No es la palabra propia. (*Movimiento de atencion.*) La manifesté que mi almacen, donde nos hallábamos, no era el sitio mas á propósito para una explicacion de aquella índole.

P.—La señora Bartou os expuso que era preciso que os casaseis con su hija, y se fué á trasladar á esta al hospital Dubois. ¿Ocurrió esto el 9 de Setiembre?

R.—Sí, señor Presidente. Al dia siguiente la señora Bartou, madre, me escribió una carta llena de amenazas, y yo me presenté en seguida en el hospital, donde tuve con ella una explicacion. Su hija me dijo entonces que se lo habia confesado todo, y en el hospital corria la voz de que Gabriela se moria á consecuencia de un aborto.

P.—La pobre jóven habia, en efecto, hecho revelaciones; pero habló primero con una enfermera, en ausencia de su madre, y por lo tanto no podeis sostener que os haya acusado bajo la presión y por orden de ésta. El director del hospital fué quien decidió, no sin trabajo, á la señora Bartou, madre, á presentar querrela y quien ha provocado la intervencion de la justicia. Gabriela ha hecho un mismo

relato, salvo algunas variaciones puramente formales, al comisario de policía, á la enfermera, á un interno, y, por último, al doctor Labbé, que la cuidaba.

R.—Antes de que ella hablase, su madre habia pasado toda una noche á la cabecera de su cama.

P.—¿De modo que creéis en un plan preconcebido?

R.—¡Dios mío! Yo no sé lo que pudo pasar; pero es evidente que esa mujer influyó sobre su hija.

P.—¿Cuánto dinero disteis al doctor Cabrol?

R.—Cien francos por su consulta. La señora Bartou, madre, tuvo el triste valor de conducir á su hija, ya muy enferma, á casa del doctor, á fin de obtener de él un recibo, esperando hacerlo un arma contra mí. En el camino Gabriela se desmayó. (*Sensacion.*)

P.—¿De modo que no disteis al doctor *novecientos francos*?

*El acusado* (animándose y levantando la mano.— ¡Declaro, por mi honor, que no le di mas que cien francos!

P.—¿Gabriela, en su lecho de muerte, quiso ver á Cabrol?

R.—Sí.

P.—¿Y él no fué á verla?

R.—No; me respondió que ya no tenia edad para ir á los hospitales y que tampoco disponia de tiempo. (*Rumores.*)

Terminado el interrogatorio del señor Ducrocq, el Presidente se dirige de nuevo al doctor Cabrol. Este comienza á hablar en voz baja y apagada, pudiéndosele apenas oír las siguientes entrecortadas frases.

*El acusado.*—El señor Ducrocq me envió á Gabriela...; trataba solamente de tranquilizarla...; estaba muy inquieto... Conoció que experimentaba por la jóven un verdadero afecto, y me dije: hé aquí un hombre que reconoce la paternidad... El me encargó que la cuidase... En efecto: la jóven estaba enferma, nerviosa, y yo la dije: «Es preciso tomar limonada, lociones.....» (*Animándose.*) Pero no he cometido el delito de que se me acusa... Eso es falso, enteramente falso... La hice sentar; la examiné la lengua, que estaba muy súa; el aliento era de muy mal

olor; el vientre se hallaba hinchado... *Yo me limité á tocarla con el dedo...* De su cuerpo se exhalaba un olor pútrido y diagnosticué una inflamacion del útero... La dije que volviese dos veces por semana, la prescribí baños... y no habiéndola visto mas, pedi informes al señor Ducrocq, quien me dijo que estaba muy mala...

*El señor Presidente.*—Vamos, voy á dirigiros algunas preguntas concretas. ¿Decís que observasteis al tacto una inflamacion en el útero?

R.—Sí.

P.—¿Hicisteis una operacion á la señorita Bartou?

R.—¿Una operacion? No tal: una exploracion, todo lo mas.

P.—¿Cuánto dinero recibisteis?

R.—Cien francos, de los cuales di recibo.

P.—¿Es, acaso, esto costumbre entre los facultativos?

R.—La jóven vino á reclamármelo con tal insistencia, que se le di para que no se la acusara de haberse guardado algun dinero.

P.—¿No os extrañó que fuera á veros sola, sin su madre?

R.—De ningun modo, pues creí que queria ocultar sus relaciones con el señor Ducrocq.

P.—¿Por qué no quisisteis ir á verla cuando se hallaba moribunda?

R. (Con voz firme).—Señor Presidente, tenia la conciencia tan perfectamente tranquila, y veia tan poca utilidad en mi intervencion en el hospital, que me limité á responder: «Si la señorita Bartou necesita mi presencia para algun objeto determinado, irá á verla...»

P.—La acusacion os responderá que no fuisteis porque teniais miedo de los supremos cargos de la moribunda.

Estas frases, con las que termina el interrogatorio, causan una prolongada sensacion.

Suspéndese la audiencia, y el reanudarla, comienzan las declaraciones de los testigos.

Llámase primeramente al comisario de policía, Dufourmantelle, que recibió la declaracion hecha en *extremis* por Gabriela y que la reproduce en la audiencia tal como la escribió dictándola la moribunda.

Esta le habia dicho lo siguiente:

«En el mes de Julio entré en relaciones con el señor Ducrocq. En Agosto estaba embarazada.

»Mi amante me dijo que era indispensable que abortase á toda costa, y añadió: «Yo conozco á un médico que lo conseguirá.»

»El 14 de Agosto me condujo en un carruaje á la calle de Bellay, á casa del doctor Cabrol. Yo subí sola, con una tarjeta del señor Ducrocq en la mano.

»El doctor me hizo sentar, practicando una operacion que me hizo derramar algunas gotas de sangre.

»Tuve una hemorragia muy abundante al dia siguiente, y pocos despues caí enferma.

*El señor Lachaud.*—Señor comisario de policía, ¿os dijo la jóven que habia consultado á una partera?

*El comisario.*—No, señor.

*El señor Lachaud.*—¿Os dijo que habia bebido absenta para verse libre de su embarazo?

*El comisario.*—Creo que sí.

*El señor Ladouce*, secretario del anterior testigo, presta una declaracion enteramente igual á la expresada.

El testigo tercero es la madre de Gabriela. La señora Bartou, madre, artista lírica, tiene treinta y cinco años; vá de riguroso luto y envuelta en un largo velo. Su fisonomia es fresca, graciosa, y su palabra fácil y abundante.

Tras un momento de emocion, la señora Bartou comienza en los siguientes términos:

«El 20 de agosto me avisaron de que mi hija se habia puesto mala en el taller de la modista para quien trabajaba; fui á verla, la encontré echada, y me dijo: «Mamá, esto no será nada. Mañana estaré ya mejor é irá á desayunarme contigo.» Su ama, la señora Ravot, me advirtió que Gabriela amaba á alguien; entonces me la llevé á casa, donde se resolvió á confesarme que el señor Ducrocq la hacia la corte y entonces la encerré bajo llave y fui á pedir consejo á mi amigo el señor de Champgobert, agente dramático.

»Este me ofreció cuidar á mi hija en su casa y convine en ello. Al cabo de dos ó tres dias, aquella habia empeorado, y yo, llena de inquietud, me dirigí

á casa del señor Ducrocq, quien al verme se puso blanco como mi pañuelo, y á la primera palabra que le hablé sobre Gabriela, dijo:

«¿Quién es esa Gabriela?

—»Es, contesté, una jóven á quien vos habeis seducido.

—»¡Ah! sí; esa muchacha que conocí en la calle!...

«Volví á casa y dije á mi hija:

—»¡Ese hombre supone que te ha conocido en la calle!

—»¡Ah! ¡Es cierto! exclamó Gabriela; pues bien, os lo confesaré todo.

«Y así lo hizo en efecto, revelándome entonces la visita al doctor Cabrol... el aborto...

«De nuevo fui á ver al señor Ducrocq, y le dije:

—»Caballero, mi hija me ha hecho conocer vuestra infame conducta. Si no os casais con Gabriela os llevaré á los tribunales.

—»¡Casarme con Gabriela! exclamó él. ¡Qué diría la Cámara de Comercio! (Risas.)

—»Mas honroso es eso, añadí, que comparecer ante un Tribunal de Assises. Podeis casaros con mi hija sin avergonzaros, señor mío, pues no sois el duque de Aumale! (Hilaridad general.)

«El señor Ducrocq me ofreció subvenir á las necesidades de Gabriela, y darla lo necesario para establecerse cuando fuera mayor de edad; pero yo respondí:

—»No es eso lo que quiero. ¡Es preciso que os caseis con ella.»

*El señor Presidente.*—Señora, ¿habeis pedido dinero alguna vez al señor Ducrocq?

*La testigo,* con viveza.—Jamás. ¡Oh! Jamás, señor Presidente: ¡lo juro!

*El señor Ducrocq.*—Yo no dije nunca á esta señora que su hija fuera una muchacha de la calle, sino que en la calle la habia conocido, lo cual es cierto. Ella me ofreció como dilema el Tribunal de Assises ó el matrimonio.

A petición del señor *Lachaud* se hace á la testigo una interesante pregunta.

P.—¿Cómo obligasteis á vuestra hija, que se hallaba ya bastante enferma, á volver á casa del doctor Cabrol para pedirle un recibo?

R.—Porque ese recibo era la prueba de la culpabilidad del doctor.

P.—¿Es cierto que digisteis á vuestra hija: ten cuidado de que el recibo se haga á nombre del señor Ducrocq?

R.—Sí, señor.

P.—Vuestra hija subió sola á casa del doctor, quien la dió un recibo á nombre de la señorita X...; pero ella se lo hizo extender á nombre de su antiguo amante.

R.—Es cierto. Y yo la dije tambien que pidiese una consulta al doctor para que no pareciese que iba solo por el recibo. (Rumores.)

*El señor Demange.*—Finalmente, como el doctor no tenia sellos de recibos, vuestra hija exigió uno, y para que todo estuviera en regla, vos misma lo inutilizasteis, poniendo encima la firma: Cabrol.

*La testigo.*—No tal: fué el mismo doctor quien inutilizó el sello.

*El señor Lachaud* (mientras que el señor Demange hace firmar al doctor Cabrol en una hoja de papel.)—Señores, comparad la firma del doctor con la que aparece sobre el sello del recibo.

Este accidente, que termina la declaracion de la señora Barton, da un golpe mortal al buen efecto causado por la primera parte de dicho testimonio.

La declaracion del doctor *Prieur*, director del hospital Dubois, se limita á indicar, en virtud de que circunstancias, ya conocidas por nuestros lectores, solicitó la intervencion de la justicia.

*El doctor Bronardel*, que ha practicado la autopsia del cadáver de Gabriela, expone detalladamente la operacion por él verificada, y termina diciendo:

«Es incontestable que ha habido embarazo y aborto; pero la jóven murió de una afeccion al higado, que es probable, aunque no seguro, haya reconocido por causa uno y otro hecho, bien fuera el último natural ó provocado.»

P.—¿Habeis hallado huellas de un aborto criminal?

R.—Ninguna, señor Presidente; pero con un operador babil, la operacion no deja vestigio alguno.

P.—En vuestro juicio, ¿procedió el doctor Cabrol de un modo normal al reconocimiento del embarazo de Gabriela Bartou?

R.—No, señor Presidente, pues lo que hizo no podia proporcionarle ningun dato sobre un embarazo.

El doctor Farnier opina lo mismo que el anterior.

Declaracion de la señora Ravot, modista, en cuyo taller trabajaba Gabriela Bartou, y á la que dijo tambien ésta que habia ido á casa de un médico que la habia pinchado.

*El abogado general.*—¿Acostumbraba á mentir Gabriela?

*La testigo.*—No, señor. Pero tenia mucho miedo á su madre.

La señorita *Angela Masse*, bella rubia de veintidos años, modista y amiga íntima de la difunta, comparece en seguida.

*El señor Presidente.*—¿Os dijo vuestra compañera que habia ido á casa de una partera que la habia pedido doscientos francos, y á la cual habia entregado veinte?

R.—Sí, señor; pero el señor Ducrocq, á quien fui á pedir dicha cantidad, me la negó diciendo: que no queria oír hablar de semejante cosa.

P.—¿Os confesó mas tarde, vuestra amiga, su visita á un médico?

R.—Sí, señor; y yo la dije: ¡Buena cosa has hecho!

P.—¿Erais vos depositaria de los papeles de Gabriela?

R.—Sí; yo tenia, especialmente, una carta que la habia escrito un jóven, y dos del señor Ducrocq, quien me las pidió todas, quemó las suyas y guardó la del otro.

Sigue la declaracion del señor Champgobert, agente de teatros, que nada de nuevo añade á cuanto ya sabemos, y llega despues el turno á

*La señorita Haye*, artista dramática.—Un dia me refirió Gabriela que, mientras ella tocaba el piano en casa del señor Ducrocq, éste aparentó leer en un periódico el relato de su proceso, por aborto.—¡Cállate! exclamó Gabriela asustada. A lo cual replicó el señor Ducrocq:—Esto es lo que sucederia si se llegase á saber lo que hemos hecho!

El doctor Lafbé, médico del hospital Dubois, ha sido testigo de la última conversacion que el señor Ducrocq tuvo con su querida, en la cual está confeso

que habia bebido absenta para librarse de su embarazo.

*El señor Miralleau*, sócio del comisionista.—El señor Ducrocq encontraba con frecuencia á Gabriela en el barrio de Mont-martre, y ambos empezaron por cruzar sonrisas, y acabaron por hablarse. Un dia, el señor Ducrocq propuso á la jóven que fuera á su casa á tocar el piano, y ella aceptó; permaneciendo allí toda la noche, porque, segun dijo: «Ya era muy tarde para volver á su domicilio, y la portera murmuraria.» (Risas.)

Levantóse la audiencia á las seis de la tarde, á fin de oír á los testigos de descargo entre los que se hallaban citados los generales Appert y Lallemant, el almirante Pierre, el baron Larrey y los intendentes Lejeune y Mallet, antiguos jefes del doctor Cabrol.

La segunda audiencia conságrase, casi toda, á la audicion de testigos de descargo.

Generales, intendentes, jefes y compañeros del doctor, atestiguan unánimemente su honradez, su delicadeza y su completo desinterés. Gran número de comerciantes parisienses, afirman, por otra parte, que el señor Ducrocq era un hombre honrado, querido, estimado, y considerado hasta el dia, como irreprochable bajo todos conceptos.

Entáblase, finalmente, una discusion facultativa de las mas vivas, entre los doctores Tarnier y Brouardel, favorables á la acusacion, y los doctores Pozzi y Boulomie, por parte de la defensa, sobre el hecho mismo del aborto.

Haremos despues el resumen de dichas declaraciones y de la discusion facultativa, que no es muy propósito para disipar la duda que envuelve el asunto; pero antes, y á fin de seguir el mismo orden de los hechos, debemos mencionar la curiosa declaracion de un testigo de cargo, que quedó olvidado en la audiencia anterior.

Se recordará que la señorita *Angela Masse*, amiga de taller y confidente de la desgraciada Gabriela Bartou, habia sido depositaria de un carta de amor dirigida á su compañera y firmada *Norberto Buot*. La acusacion se preocupó, con justicia, de este pequeño detalle del proceso; buscó á *Norberto Buot* y le hizo comparecer ante el tribunal.

Este personaje episódico, es un jóven pequeño,